

efecto esperado, y entonces se ordenó por tercer edicto poner en libertad á los que sacrificaran en el altar de los dioses, y obligar á los recalitrantes por todos los medios á abjurar de su fe. El gobierno había podido legalmente prohibir asambleas que creía peligrosas y exigir de sus funcionarios que sacrificaran á los dioses del imperio; pero no tenía el derecho de imponer esta obligación á todos los cristianos. Arrastrado por la progresión fatal de un mal pensamiento, el hombre inteligente, pero duro, que reinaba en Nicomedia iba á hacer de su reinado hasta entonces pacífico y glorioso la era de los mártires.

Como en todas las persecuciones, hubo gobernadores que, repugnando la violencia, cerraban los ojos y se contentaban con una aparente sumisión. El obispo de Cartago, Mensurio, no había dejado en su iglesia más que tratados heréticos, de que el procónsul se incautó, y cuando se le dijo dónde estaban ocultos los libros santos, no quiso recogerlos. No todas las iglesias fueron demolidas tampoco; la autoridad se limitó á cerrarlas, y algunas continuaron abiertas.

En otras partes se buscaban medios de salvar á los cristianos salvando las apariencias. «Uno, dice Eusebio, arrastrado al altar de los dioses y obligado á tocar las carnes abominables, recobró su libertad, como si hubiera sacrificado voluntariamente. Otro llevó la mano á la caja del incienso, pero sin tomar un grano; y los paganos gritaban que había hecho la ofrenda á los dioses. Este medio muerto de puro golpeado, era incluído y puesto entre los renegados; aquel, por más que quisiera protestar, no podía hacerlo, porque le tapaban violentamente la boca: tal empeño tenían los impíos en que se creyera que habían logrado su designio (1).»

En otros lugares, el juez decía al cristiano: «Sacrifica á quien tú quieras, aun á tu Dios (2),» y para hacer creer á los asistentes que un cristiano cedía, bebiendo el vino de las libaciones, se le ofrecía agua clara en un vaso rojo. «He visto, escribe también Lactancio, he visto gobernadores gloriarse de no haber pronunciado una sola sentencia de muerte, y de haber vencido á los cristianos.» No quiere decir esto, que la persecución subleva siempre su conciencia: para su reputación de habilidad, una apostasía valía por diez condenaciones. El Donato, á quien Lactancio dedicó su libro sobre la *Muerte de los perseguidores*, fué sometido nueve veces á cuestión de tormento, nunca de manera que dejara en él la vida, pero con bastante refinamiento de crueldad para que el verdugo pudiera esperar un desfallecimiento. En muchas *Actas*, se trata también de dinero ofrecido, de dignidades prometidas á cambio de la abjuración.

Cuando con ocasión de las fiestas para celebrar el vigésimo año de su principado, promulgó Diocleciano una amnistía, según el uso, las puertas de las prisiones, abiertas para los presos comunes, permanecieron cerradas para los cristianos. Había encerrado al clero en los calabozos temiendo una insurrección, y como conservaba el mismo temor retuvo á los cristianos presos. Por los dos primeros edictos, los cristianos fueron degradados de los honores civiles, privados de la protección de las leyes y declarados criminales, si no entregaban las Escrituras ó si celebraban

(1) Eusebio, *Mart. de Pal.* 1. Sin embargo en ciertas partes subsistía la antipatía y no sólo se acudía á las ejecuciones como á un espectáculo, sino que se pillaban los bienes de los cristianos presos y hasta los de los fugitivos (*Actas de San Teodoro de Ancira*, Bolandistas, 18 mayo.)

(2) Bolandistas, 3 marzo y 14 julio.

sus reuniones (3). El tercero había prescrito el empleo de todos los medios eficaces para arrancar conversiones, aunque sin autorizar en esta primera fase de la persecución la pena capital. Había habido ejecuciones por faltas calificadas de crímenes de derecho común, como ultrajes á los dioses, á los emperadores, asambleas secretas ó reuniones prohibidas; y como no era posible que esta política de cólera fuera en todas partes conducida con moderación, las privaciones y los tormentos habían hecho perecer en las prisiones á muchos cristianos. Muchos también, bajo el peso de los sufrimientos morales y físicos, hubieron de caer en desfallecimientos. Los *lapsi* que sacrificaban, los *traditores* que entregaban las Escrituras, los tímidos que ocultaban su fe (4), habían sido numerosos, y después de la persecución vinieron á ser causa de violentas disensiones en la Iglesia. En Antioquía, ciudad grande y medio cristiana, San Romano quedó solo en las prisiones.

Parecía pues que otro golpe bastaría para acabar con aquella Iglesia cuyas columnas vacilaban y para atraer todo el imperio á su antigua religión. Maximiano y Galerio lo creyeron así, y cuando en 304 una grave y larga enfermedad de Diocleciano los dejó dueños del gobierno, pusieron en vigor el último edicto de Valeriano.

Las *Actas de San Savino*, cuya autenticidad es dudosa, refieren que asistiendo Maximiano á los juegos del circo en Roma, exclamó el pueblo á una voz: «¡Mueran los cristianos!» y que el príncipe hubo de proponer al senado por medio del prefecto del pretorio ó por el de la ciudad, que redactara un decreto condenando á los cristianos á abjurar ó á morir.

Esta presentación en escena es falsa, y este abandono al senado de la función de un acto legislativo de tal importancia es contrario á todo lo que la historia de aquel tiempo nos enseña. Habría pues que desechar este decreto, sacado de *actas* sospechosas, si no hablara Eusebio de cartas imperiales que ordenaban que todos se presentaran en los sacrificios y tomaran parte en ellos. Maximiano las escribiría, ó Galerio las habría hecho firmar por el otro Augusto en un momento de postración, con lo cual, el crimen de *cristianizar* fué otra vez inscrito en la ley. Entonces la guerra desencadenada por las tres bestias feroces, como dice Lactancio, se encarnizó con todo su furor.

La persecución duró ocho años. ¿Qué parte toca á Diocleciano en esta trágica historia? Hemos visto su repugnancia en ordenar medidas extremas, y el odio de los cristianos no se engañó tampoco en ello; pues sólo á Galerio persiguieron con sus maldiciones. Hay que reconocer también que el justo horror inspirado por aquellas crueldades, hubo de exagerar el número de las víctimas. La Palestina estaba llena de cristianos, y el año 304 sólo perecieron

(3) El diácono Euplio fué decapitado en Catania, el 12 agosto 304, por haber reunido la comunidad cristiana, á pesar de los edictos. La misma suerte tuvieron Felipe de Heraclea en Tracia, los mártires de Abitina en Africa, San Saturnino, etc.

(4) Los cánones del concilio de Elvira, celebrado en 305, prueban que muchos fieles habían disimulado su creencia, ejercido cargos de duunviro, de flámin, de sacrificador, y suministrado dinero para las fiestas paganas; el concilio les permitió hasta tener ídolos en su casa, si tenían la delación de sus esclavos, á condición de no darles culto. Esto no está en contradicción con lo que dijimos en otro lugar sobre la decadencia del régimen municipal á consecuencia de la abstención de los cristianos. Las penitencias impuestas por el concilio de Elvira se dirigían con toda evidencia á algunos ricos que habían capitulado ó transigido con su conciencia para conservar sus riquezas, y estas transacciones son de todos tiempos. La herejía de los donatistas comenzó en 311, cuando Donato atacó la elección de Ceciliano, ordenado por un obispo traidor (*traditor*) para la silla de Cartago.

diez, y de ellos, seis se entregaron voluntariamente á los verdugos (1).

Italia y España tuvieron pocos, á lo menos son raras las *Actas* en estos países, y aun así, de dudosa autenticidad (2), y vemos que los fieles de Roma, deseosos de adquirir reliquias de mártires, iban en aquel tiempo á buscarlas al Oriente.

El *Illyricum*, demasiado cerca de los bárbaros para poseer grandes ciudades entregadas, como Antioquía y Alejandría, á las contiendas teológicas, se preocupaba ante todo de los bienes temporales. Tenía pocos obispados y pocos son también los mártires que se le suponen: uno solo, vino á ser popular en aquella región, San Ireneo de Sirmio.

En la Bretaña y la Galia, Constancio Cloro se limitó á derribar algunas iglesias. «No arruinó el templo en el corazón de los fieles.»

En Egipto y en las provincias orientales, los mártires ejecutados y más aún los confesores enviados á las minas, después de crueles torturas, fueron muy numerosos (3). Pero una cosa sorprende: en el capítulo en que Eusebio enumera las muertes gloriosas de los *pastores de la Iglesia*, durante toda la persecución, sólo nombra nueve obispos (4). Sin embargo, la administración imperial los conocía á todos: eran la cabeza de las Iglesias, y en el sistema de Diocleciano, á la cabeza se tiraba siempre; pero ya hemos visto que no quería herir mortalmente.

No parece tampoco que la administración hubiera hecho una grande indagación de cristianos, *inquisitio*; de otra manera hubiera sido preciso emplear una parte de la población del imperio en exterminar á la otra. Por lo demás esta inquisición era inútil, porque casi todas las narraciones hablan de cristianos entregándose de suyo. Este derribo un altar de los dioses; aquel quema un templo de Cibeles; uno va derecho al gobernador que ofrecía un sacrificio y le quita el incienso de las manos; otro va más lejos faltándole de palabra y obra. «Eran, dice San Agustín, las flechas de Dios lanzadas por los santos á la faz de los opresores (5).»

Vióse entonces como una epidemia de suicidios religiosos. En contra de la doctrina de la Iglesia que no quiere que se busque el martirio con provocaciones ó imprudencias voluntarias, presentan las *actas* multitud de cristianos, ávidos de trocar su vida mortal por la bienaventurada que les prometían las Escrituras. Y hay que decirlo con un obispo del tiempo (6), entre aquellos santos de la última hora, se encontraban hombres que especulaban con la tor-

(1) En los ocho años de persecución, Eusebio, que estaba sobre el terreno y escribió su historia, no cuenta en la Palestina más que ochenta mártires. Calculando sobre esta base, cree Gibbon que pudo haber en total unos dos mil mártires, número enorme y doloroso porque una sola víctima hubiera sido ya demasiado; pero toda evaluación es incierta.

(2) Tillemont, *Mem. eccl.* t. V, p. 41, 58, 74, etc. El más célebre de los mártires de España fué entonces San Vicente, cuyas *Actas* son una piadosa leyenda llena de milagros. Las famosas inscripciones de *Clunia* están colocadas por Hubner (C. I. L. t. II, n.º 233) entre las apócrifas, y están en su lugar.

(3) Cedreno (*Hist.* p. 407) menciona un edicto en que se ordena arrancar el ojo derecho á los cristianos condenados. No sabemos si fué una orden oficial ó la práctica de algunos jueces, pero Eusebio habla á menudo de este suplicio con quemadura de un nervio del pie para los cristianos condenados á las minas por Maximiano.

(4) *Hist. eccl.* VIII, 13. Diez y seis se habían sucedido ya en la silla de Alejandría y sólo el último fué martirizado en 311.

(5) *In Psalm.* XXXIX, § 16.

(6) Véase la carta de Mensurio, obispo de Cartago (ap. San Agustín, t. IX, p. 568), que no quería que se honrara como mártires á los

tura esperando sin duda que no llegara hasta la muerte: estos cargados de deudas para acabar gloriosamente una vida miserable; aquellos para vivir en la prisión de las caridades y limosnas de la comunidad; otros, en fin, incapaces de una alta espiritualidad, para ganar la salvación con un supremo esfuerzo de constancia carnal. Pero en cambio ¡qué admirable abnegación en otros! Leyendo ciertos interrogatorios se creería estar oyendo cantos de pureza virginal que no tienen ya nada de la tierra.

La historia política no registra en sus páginas todos los actos de valor llevados á cabo en el curso de una batalla, y de los soldados que han muerto por la patria no conserva más que el recuerdo de su victoria. Tampoco tiene que contar esas triunfantes muertes que fueron la fuerza y son el honor de la Iglesia. Este cuidado pertenece á la historia religiosa que deberá decidir qué *actas* deben conservarse; obra larga y difícil comenzada hace mucho tiempo y no terminada todavía. Remitimos á los hagiógrafos para la narración de esas escenas heroicas y abominables, en que la maldad humana se afanaba en buscar nuevos medios de atormentar la carne y en que las víctimas sufrían por la más noble de las causas, la libertad de conciencia. Como los perseguidos, Diocleciano tendrá su suplicio; aquel hombre tan prudente que al fin de su reinado perdió su prudencia, verá desde su palacio de Salona morir á sus dioses y triunfar á Cristo (7).

## II. — ABDICACIÓN Y MUERTE DE DIOCLECIANO (305-313).

A fines del año 303 los dos Augustos se acercaban al vigésimo año de imperio, y los dos habían contraído juntos, sobre el altar de los dioses, el compromiso de señalar este aniversario con un hecho que no se imitó más que una vez, hecho que la posteridad extraña y que en interés del mundo romano hubiera sido mejor que no se efectuara. En la primavera de 303, salió Diocleciano de Nicomedia y se encaminó por la Tracia y las provincias danubianas hacia Italia. Se había decidido al fin á visitar á aquella Roma que no había vuelto á ver desde su advenimiento, y á celebrar á la vez la fiesta *Sacra Vicennalia* y el triunfo que el senado había decretado á los dos emperadores hacía tanto tiempo.

Pero como no gustaba de la vana popularidad, ni era de aquellos que se bajaban para recoger ó conservar el poder, tenía el propósito de no hacer en la vieja capital del mundo más que una rápida visita oficial.

El 20 de noviembre entró en la ciudad con Maximiano en un carro tirado por cuatro elefantes en recuerdo de las victorias orientales. Detrás del carro triunfal se llevaban

que habían provocado su suplicio... *quidam facinorosi et fisci debitorum qui, occasione persecutionis, vel carere vellent onerosa multis debitis vita, vel purgare se putarent, et quasi abluere facinora sua, vel certe acquirere pecuniam et in custodia delictis perfrui de obsequio Christianorum.* Así lo había hecho el Peregrino de Luciano. También se trata en las *Actas* de San Teodoro, *apud* Ruinart, de deudores que buscaban la muerte para sustraerse á la crueldad del fisco ó de sus acreedores. La suerte de los deudores insolventes era tan dura que Constantino tendrá que suavizarla; pero mucho tiempo después de él, Valentiniano I hacía morir á los deudores insolventes del fisco. A. Marc. XXVII, 7. He dicho en otro lugar los manjares excitantes y bebidas embriagadoras con que se sostenía el valor de ciertos mártires mal resueltos á morir.

(7) Los cristianos lo han perseguido en su posteridad con sus maldiciones y era justo por lo que respecta á la persecución. Un historiador de este príncipe, Casagrandi (*Diocleciano*, p. 368, n.º 1.º) se ha propuesto esta cuestión: *Quale e stata la mano che dalle storie di Ammiano e Zosimo strappava le pagini dedicate a Diocleciano? Chi ha distrutta la vita che di lui scrisse il suo segretario Eustenio?*

las efigies del rey de Persia, vencido por él, de sus mujeres y de sus hijos, hechos prisioneros en el campamento de Narses, vestidos todos de púrpura bordada con perlas; y seguían los trofeos que recordaban las victorias obtenidas sobre los pueblos limítrofes del imperio.

Según la costumbre seguida en estos aniversarios, concedió una amnistía, que abrió las puertas de las prisiones, excluyendo sólo de esta gracia á los cristianos, y distribuyó muchas liberalidades en las grandes ciudades. El pueblo de Roma tuvo gran parte en esta largueza, pues recibió un congiario de 310 millones de denarios, ó 1.500 por individuo, si eran aún 200.000 (1).

Los juegos, las luchas de animales, eran el acompañamiento necesario de estas solemnidades: Diocleciano las dió en efecto, pero sin magnificencia. En las cazas murieron pocas fieras, y en el anfiteatro pocos gladiadores. El pueblo hablaba de su mezquindad y murmuró más aún cuando supo estas palabras del emperador, que hacía de la parsimonia una regla: «En presencia del censor es bueno tener moderación.»

En el fondo aquella multitud murmuradora desagradaba al príncipe, más solícito de las necesidades del imperio que de los gustos del populacho romano. Satisfecho de haberle arrojado un puñado de oro, no se dignó cuidarse de sus diversiones. Compréndese este desdén leyendo lo que nos dice Am. Marcelino sobre la frivolidad de aquellos hombres muy ocupados de sus sangrientos festines ó sacudiendo á cada instante los pliegues de su toga para llamar la atención sobre sus franjas y el curioso bordado de la túnica sembrada de figuras de animales, que formaban cuerpo con el tejido.

No fueron tratados con más consideración los senadores. Acercábase la ceremonia de la instalación de los cónsules, lo que para el senado y para el pueblo era una solemnidad que en otro tiempo honraban los emperadores. Diocleciano no la esperó. El 18 de diciembre salió de Roma, que no había podido retenerlo un mes completo, y á pesar del invierno, de la lluvia y el frío, se puso en camino para Rávena, donde tomó posesión de su noveno consulado (304).

Este triunfo y tales fiestas que acababan de recordar las victorias de su reinado eran un cálculo del avisado político. Resuelto á ir á buscar, en el asilo que desde larga fecha se había preparado, lo que los contemporáneos llamaron el reposo de los Augustos, *quies Augustorum*, pero lo que era para él la ejecución de un profundo pensamiento, había querido no dejar la escena del mundo sino después de esta brillante manifestación que debía consagrar su gloria.

De Rávena pasó á Aquilea y á Istria, descendió sin duda á Salona á fin de cerciorarse de que todo estaba dispuesto para recibirlo (2) y volvió á Nicomedia á mediados de 304:

(1) Es más verosímil que la cantidad de 310 millones de denarios represente, según Mommsen, el conjunto de las gratificaciones concedidas por Diocleciano á las grandes ciudades del imperio, *πόση τῆ Ῥωμαίων πολιτεία*, dice Malala, *Chron.* XII, p. 300, *ad ann.* 302. La Crónica de Alejandría menciona también (pág. 514) para este mismo año una distribución en esta ciudad de *panis castrensis*. El triunfo de Diocleciano no fué, como se ha dicho, el último que viera Roma. Constanancio celebró otro en 357, y otro Honorio después de la victoria de Estilicón sobre Alarico.

(2) Conjetura autorizada por las palabras de Lactancio 17: *per circuitum ripae Istricae Nicomediam venit*. Enfermo y habituado á los climas de Oriente, Diocleciano debió evitar en enero de 304 el valle del Danubio por donde ciertos críticos suponen que pasó: el valle está sujeto á fríos tan rigurosos que con frecuencia se hiela el caudal de agua.

uno de sus últimos rescriptos está fechado en esta ciudad el 28 de agosto de este año.

Diocleciano había padecido mucho durante este viaje. Pero aun no tenía sesenta años, era de constitución robusta y con su tenacidad habitual volvió á la ciudad en que había tomado la púrpura y donde la quería dejar. Su mal fué en aumento durante el invierno, y todos los dioses permanecieron sordos á las súplicas y rogativas de los interesados en su salud. El 13 de diciembre tuvo un síncope; el palacio se alarmó y el rumor de su muerte corrió por la ciudad.

Cuando cundió la noticia contraria, muchos se resistieron á creerla, juzgando que se quería ocultar la verdad hasta la llegada de Galerio, en previsión de algún tumulto de soldados. Hasta las calendas de marzo no pudo presentarse en público. «Apenas se le podía reconocer, según estaba desfigurado, dice Lactancio. Si había recobrado la salud, había perdido la razón, que no recobró ya sino por instantes.»

Pero Lactancio, enemigo suyo, tenía interés en presentar al perseguidor de los cristianos privado de su dignidad de hombre por la justicia divina, de su corona imperial por el César que él mismo había nombrado, y hundiéndose sobre su cabeza todo el edificio que tan laboriosamente levantara. Vió en el fondo de su palacio á Diocleciano con el rostro bañado de lágrimas; oyó las duras palabras, las amenazas de Galerio y las resignadas respuestas de su antiguo amo; escena de retórica, que escritores complacientes tomaron luego por una escena de historia (3).

Esta abdicación que Galerio parece arrancar á un anciano sin voluntad ni fuerzas era una de las condiciones de existencia del nuevo sistema político que reservaba el poder á la virilidad. Diocleciano lo había afirmado el día en que redujo á los hijos de los Césares á ser sólo soldados del ejército imperial; y la más viva alegría que aquel valeroso espíritu podía esperar para su vejez (no sería ver subsistir sin él su grande institución? Había logrado prevenir las usurpaciones militares tomando colegas que aceptaban su autoridad superior; mas para asegurar en adelante la pacífica transmisión del poder, había resuelto limitar para sí mismo su ejercicio al cabo de veinte años, á fin de obligar con su ejemplo á los Augustos al desinterés y calmar la impaciencia de los Césares probándoles que también llegaría para ellos la hora de la suprema soberanía.

De esta manera se fortalecía el sistema que había sido la gran obra de su vida: la sucesión según el mérito reemplazando á la sucesión según la naturaleza ó según los azares de los campamentos. Hay dos pruebas decisivas de que tal era su pensamiento: la construcción de su palacio de Salona en un rincón apartado del mundo, lejos de todas las capitales, como de todos los negocios, y la promesa de abdicación que de antiguo había arrancado al ambicioso Maximiano. En una moneda acuñada en el momento de la abdicación se leen estas palabras: *Al Destino victorioso*. Para los paganos la fatalidad era la voluntad supe-

(3) Para hacer esta escena menos inverosímil, presentaba Lactancio á Galerio, desde el año 297, inflado de soberbia por su victoria de Narses, y exclamando: *Quousque Caesar?* ¿Hasta cuándo voy á ser César? El hábil retórico no falta á una de las reglas de su arte que quiere que los grandes efectos se preparen desde lejos. Pero se contradice después (cap. XXVI) diciendo que Galerio estaba resuelto á abdicar también, después de sus *Vicennalías*, lo que prueba que la abdicación al cabo de veinte años de imperio era el principio del nuevo gobierno. Aurelio Víctor no sabe nada de la demencia de Diocleciano. «Dejó, dice, los cuidados del gobierno en pleno vigor de cuerpo y alma, *valentior curam reipublicae abiecit*.»

rior de Júpiter *árbiter del Destino*, y la sabiduría humana una inspiración del dios. La resolución de los dos emperadores se atribuía pues á Júpiter mismo: *FATIS VICTRICIBUS*, y retirándose obedecían á su soberana voluntad.

Cuando en enero de 303 celebró en Roma Diocleciano sus *Vicennalías* estaba en el vigésimo año de su imperio, el cual no se cumplió hasta el 17 de setiembre de 304. Había pues llegado el momento que fijara él para su abdicación. Todavía dejó pasar algunos meses para que Maximiano comenzara el año, en que veinte años antes fué nombrado César. Con este retardo voluntario no pasaba el límite que había señalado para sí mismo y alcanzaba el que le daba derecho á reclamar de su colega la ejecución de su promesa.

El imperio gozaba entonces de profunda paz, que no turbaban, á lo menos para los príncipes, los lejanos lamentos de los mártires: en el interior ni un desorden; en el exterior ni una amenaza. Ante un gobierno tan bien ordenado y fronteras tan bien defendidas, los ambiciosos callaban y los bárbaros permanecían en un temor respetuoso. Nada impedía pues á Diocleciano hacer la experiencia siempre tan temida en una monarquía absoluta, de la transmisión del poder.

A tres millas de Nicomedia, sobre un montículo que domina la llanura, se elevaba una columna que sostenía una estatua de Júpiter. Allí había dado Diocleciano á Galerio la púrpura de los Césares. Allí hizo llevar su trono y fué á sentarse en él por la última vez. Cuando los dignatarios del imperio, los oficiales del palacio y los representantes de todas las legiones se hubieron colocado al rededor, se levantó á manifestar su resolución. Dijo que sus fuerzas disminuían después de tantos trabajos y que necesitaba ya reposo; que devolvía al dios, cuya imagen brillaba por encima de su cabeza, lo que el dios le había dado, y que devolvía el imperio á hombres más jóvenes, á los antiguos Césares, á quienes reemplazarían los expertos generales Severo y Maximino Daza.

El último, sobrino de Galerio, estaba allí presente. Diocleciano lo llamó, y despojándose de su manto de púrpura, lo puso sobre sus hombros.

El mismo día, 1.º de mayo de 305, Maximiano, por su parte, proclamaba en Milán César á Severo, y Diocleciano salía de Nicomedia para ir á encerrarse en su palacio de Salona (1).

He aquí una grande y bella escena histórica. Aquel príncipe, que no como Carlos Quinto en la decadencia del poder, sino en la mayor prosperidad, y lejos aún del término de sus días, deja el poder para dar una solemne sanción á un sistema político, era ciertamente un hombre superior. «Después de él, dice un antiguo historiador, comenzó la decadencia del imperio, y poco á poco vino á triunfar la barbarie (2).»

En uno de los encantadores golfos que el Adriático forma en la costa de Dalmacia y algunas islas protegen contra las irritadas olas de alta mar, se extiende hoy la ciudad de Spalato (3), que en otro tiempo hubiera cabido casi

(1) *Et iterum Diocles factus* (Lactancio, 19). Estas palabras de Lactancio no son más exactas que otras muchas de las suyas. Diocles, al contrario, continuó siendo Diocleciano con todos los honores imperiales. Medallas acuñadas después de su abdicación, lo representan ceñido de corona con esta leyenda: *Domino nostro Diocletiano, beatissimo seniori Augusto*. En otras se lee: *Eterno Augusto, ó Providentia deorum, quies augusta*. Maximiano se retiró á Lucania.

(2) Zósimo, II, 7... βαρβαριστέα (ἢ Ῥωμαίων ἀρχή).

(3) *Spalato*, corrupción de *Salona palatum*. La piedra de que

entera en el palacio de Diocleciano. Por una parte el mar con sus cambiantes aspectos; por otra montañas cubiertas de bosques, de viñedos, de aldeas, y siempre un aire dulce y puro, excepto en las ardientes horas del estío. En este pintoresco sitio fué donde Diocleciano hizo construir la suntuosa mansión en que deseaba pasar el resto de sus días, cerca del lugar en que había nacido.

El inmenso edificio cubría una superficie de más de 30.000 metros. Su recinto, estribado á sus ángulos por cuatro grandes torres, dejaba pasar bajo puertas defendidas por obras militares, y llamadas puertas de *Oro*, de *Hierro*, de *Bronce* y del *Mar*, cuatro vías trazadas por columnnatas de granito rojo. El viejo soldado había concebido su palacio á la imagen de su imperio: por fuera parecía un campamento y una fortaleza; mas por dentro recordaba en todo al príncipe: termas, foro, sala de recepción y de consejo, cuarteles para sus guardias y dos templos para los dioses de su devoción, Esculapio y Júpiter. Este último templo, octógono por fuera y circular por dentro, con arcos apoyados en columnas, en lugar del arquitrabe directamente colocado sobre los capiteles, era un prelude de la arquitectura bizantina (4). Sobre una recia muralla cuyo pie lamían las olas corría una galería abierta de 180 metros de longitud y sostenida por 50 columnas; *loggia* incomparable, desde donde se extendía la vista más allá de las islas, por la inmensidad de las olas que surcaban entonces innumerables navíos.

Por grandes subterráneos que se abrían por esta parte entraban las provisiones en el palacio y se distribuían sin voces ni ruido. En las inmediaciones había un parque para la caza.

Pero ¿dónde estaba el famoso jardín que el príncipe cultivaba con sus propias manos, y desde donde contestaba á Maximiano, que le instaba á tomar de nuevo la púrpura: «Si vieras las excelentes legumbres que aquí crío, no me hablarías de semejantes fatigas.» Poco importa el lugar: la palabra queda, y los hombres cansados de la vida pública la repetirán siempre.

Este palacio no era ciertamente la vivienda de un filósofo; pero Diocleciano no filosofaba. Había hecho un acto político que supone una grandeza de alma poco común, y consumado el sacrificio, había querido conservar como particular una existencia de príncipe. El templo de Júpiter no recibía luz sino por la puerta de entrada, y esta puerta era de pequeñas dimensiones: algunos críticos han conjeturado que este templo era un sepulcro. En la cumbre del poder se había preparado Diocleciano un refugio magnífico para su vejez: muy bien pudo prepararse en el retiro para última morada un suntuoso sepulcro (5).

fué construido, casi tan bella como el mármol, se sacó de las canteras de *Tragurium*; pero se trajo también de Egipto mucho pórfido y granito.

(4) M. A. Choisy, el erudito autor del *Arte de edificar entre los bizantinos*, dice muy bien, p. 152: «Se acostumbra datar el arte bizantino del siglo IV. Según opinión acreditada, Justiniano fué su promovedor y Santa Sofía su primera aplicación. En verdad, una arquitectura no nace así á fecha fija en aptitud de consagrar su existencia con una obra maestra.» El autor cita como ejemplo de los comienzos del arte bizantino en el imperio, dos cisternas de Constantinopla construidas en tiempo de Constantino, el palacio de *Spalato*, etc., y ve muy exactamente su origen en la Asiria. «El arte bizantino, dice, vivía desde la época romana al lado de la arquitectura oficial, y no esperaba para producirse á la clara luz más que la decadencia de las tradiciones clásicas.»

(5) Para templo era en verdad de pequeñas dimensiones: 13 metros de diámetro y 21 de altura. Las columnas apenas tienen 7 metros, pero sostienen un pesado entablamento y un segundo orden de columnas de 3 metros 50. Por otra parte, los sepulcros no estaban situados tan

Diocleciano pasó ocho años en Salona, respetado de todos los que le debían su fortuna. Una inscripción de 305 le da el título de Padre de los emperadores. Cuando asistieron en Roma á la inauguración de sus termas, pusieron su nombre al colosal edificio, y acuñaron monedas en que se le llama el mayor de los Augustos: *Augustus senior*.

Galerio le consultó sobre la elevación de Licinio, y en 310 celebraba Eumenes, ante Constantino, al gran príncipe rodeado de la veneración de los nuevos señores del mundo. Pero vió desencadenarse de nuevo las ambiciones que había contenido; sucederse las guerras civiles y los asesinatos de emperadores; obtener el cristianismo un reconocimiento legal, y despojar de sus bienes y confinar á un lugar de destierro á la emperatriz Prisca su esposa y á Valeria su hija, viuda de Galerio (1).

Estos dolores que afligían en él al príncipe, al esposo y al padre no bastaron al odio de los cristianos, que lo representaban abrumado de ultrajes y temblando por su vida. Constantino hizo derribar sus estatuas y borrar su nombre de los monumentos públicos (2) escribiéndole á la vez cartas amenazadoras (3); Maximino no contesta, cuando Diocleciano pide con humildes mensajes que le sea devuelta su hija, y los últimos días de aquel poderoso monarca son tan tristes que se envenena ó se deja morir

de hambre. La lengua, corroída de gusanos, se le había podrido en la boca y la vomitó al expirar. Para los cristianos, la eterna condenación del perseguidor debía comenzar desde esta vida. Puesto que no le habían dado muerte, era preciso que se la diera él á sí mismo. Así se haría justicia.

El cuadro es dramático y la leyenda que consagra vive todavía; pero Eusebio, contemporáneo y enemigo, y Eu-

cerca de la vivienda; pero Diocleciano acaso tuviera el propósito de poner el suyo al amparo de las defensas de su palacio. Lanza pone el sepulcro en el templo de Esculapio.

(1) A principios de 315 las dos emperatrices, madre é hija, fueron decapitadas por orden de Licinio, el cual hizo arrojar sus cuerpos á la mar. Un hijo de Galerio, Candidiano, á quien Valeria había educado con la mayor solicitud, fué también condenado á muerte.

(2) *...Statuae revellebantur* (Lactancio, 42). Constantino, dice este autor, hizo destruir las pinturas en que los dos Augustos figuraban juntos, derribar sus imágenes y picar las inscripciones que les eran comunes. Esta proscripción póstuma se dirigía á Maximiano, á quien Constantino había hecho dar muerte. En cuanto á la mutilación de las inscripciones particulares de Diocleciano (L. Renier, *Inscrip. de Argel*, 108; C. I. L. t. II, 1439, y Wilmanns, 769 a, 1060), hay que atribuirlo á un acto de cólera de los cristianos vengándose de su perseguidor y no á la ejecución de una orden del gobierno.

(3) Constantino había querido obligarlo á asistir á la conferencia de Milán en 313, y á la negativa del anciano, le hubo de escribir una

carta que lo decidió á quitarse la vida. El senado lo habría condenado á muerte, etc., etc.

(4) *Cod. Teod.* XIII, 10, 2; edicto de las calendas de junio de 313. No dándose en él á Diocleciano el título de *divus*, vivía aún en esta fecha. Puede deducirse de las palabras de Lactancio (*de Morte pers.* 35-45) que murió antes que Maximino (julio, 313) y por consiguiente pocos días después del edicto, á fines de mayo.

(5) En tiempo de los emperadores cristianos se conservó la palabra *divus* para designar al emperador muerto. El reinado de Diocleciano ha dado lugar á muchas controversias que el carácter de este libro no permite reproducir; pero pueden encontrarse en varias obras especiales, excelentes algunas, como Hunzicker, *Untersuch. zur rom. Kaiser-gesch.*; Preuss, *Kaiser Diocletian*; Casagrandi, *Dioclesiano*; Mason, *the Persecution of Diocletian*; Burckhardt, *die Zeit Constantin's des Grossen*, etc., etc.

(6) Amiano Marcelino refiere (XVI, 8) que en el reinado de Constantino cierto Dano fué acusado de crimen de lesa majestad por haber hurtado del sepulcro de Diocleciano un velo ó manto de púrpura, *velamen purpureum*.

carta que lo decidió á quitarse la vida. El senado lo habría condenado á muerte, etc., etc.

(4) *Cod. Teod.* XIII, 10, 2; edicto de las calendas de junio de 313. No dándose en él á Diocleciano el título de *divus*, vivía aún en esta fecha. Puede deducirse de las palabras de Lactancio (*de Morte pers.* 35-45) que murió antes que Maximino (julio, 313) y por consiguiente pocos días después del edicto, á fines de mayo.

(5) En tiempo de los emperadores cristianos se conservó la palabra *divus* para designar al emperador muerto. El reinado de Diocleciano ha dado lugar á muchas controversias que el carácter de este libro no permite reproducir; pero pueden encontrarse en varias obras especiales, excelentes algunas, como Hunzicker, *Untersuch. zur rom. Kaiser-gesch.*; Preuss, *Kaiser Diocletian*; Casagrandi, *Dioclesiano*; Mason, *the Persecution of Diocletian*; Burckhardt, *die Zeit Constantin's des Grossen*, etc., etc.

(6) Amiano Marcelino refiere (XVI, 8) que en el reinado de Constantino cierto Dano fué acusado de crimen de lesa majestad por haber hurtado del sepulcro de Diocleciano un velo ó manto de púrpura, *velamen purpureum*.

## DECIMOCUARTO PERIODO

### EL IMPERIO CRISTIANO. CONSTANTINO, TEODOSIO (306-395)

#### CAPITULO OI

##### CONSTANTINO, MAJENCIO Y LICINIO (306-324)

###### I. — SEIS EMPERADORES Á LA VEZ

Mientras Diocleciano se encaminaba á las costas de Dalmacia, los cuatro nuevos señores del imperio, los dos Augustos Constancio y Galerio, y los dos Césares Severo y Maximino, tomaban posesión del poder en las condiciones impuestas á cada uno de ellos por el fundador de la tetrarquía. El sistema subsistía pues. ¡Vana apariencia! Para que fuera duradero habría sido menester que hubiera en el gobierno un hombre, cuya autoridad superior hubiera sido respetuosamente aceptada y que por su firmeza hubiera podido mantener á cada uno en su puesto. ¿Qué príncipe va á reemplazar al solitario de Salona? ¿Será Constancio Cloro? Es el primero de los Augustos; pero no está por ejercer derechos, que serían una fatiga para su débil carácter, y permanece en Tréveris en lugar de ir á Milán ó á Roma, centro del imperio que abandona á Severo. ¿Qué le importa el imperio á quien tiene ya un pie en el sepulcro, adonde descenderá algunos meses después?

¿Será Galerio? Vale más que su reputación; es activo, hábil en las cosas de la guerra, y sus doce años de mando le dan autoridad. Confiando en sus talentos militares, le ha dado Diocleciano la mayor parte en la división del imperio. Maximino solamente ha obtenido el Egipto y la Siria, Severo sólo Italia y Africa; de modo que desde el Tauro hasta los Alpes, Galerio manda en las provincias más ricas, en los pueblos más belicosos, y por lo mismo tendrá más oro y más soldados que sus colegas. Sin duda ninguna, á él estaba confiado el alto cargo de conservar el equilibrio, que no podía mantenerse sino á fuerza de vigilancia y prudencia. Pero su vista es corta: tendrá arrebatos en lugar de la previsión que descubre el peligro y de la firmeza que lo conjura; no sabrá frustrar la ambición de Constantino que Diocleciano había adivinado y contenido, ni la de Majencio á quien había tenido que reprimir su padre obligado por Augusto, y dos revoluciones de cuartel van á renovar todas las calamidades del Estado.

Diocleciano había dejado en el palacio de Nicomedia al hijo de Constancio, mozo de treinta y un años (1), diestro en todos los ejercicios, bravo y de gallarda presencia (2). A estas dotes corporales añadía un espíritu penetrante y astuto, sin cosa de escrúpulos para las mentiras útiles y aun para los asesinatos necesarios á su ver, así fuera el de

un niño; pero también una viva inteligencia de los medios más adecuados para servir su ambición, el talento de emplearlos bien y esa voluntad enérgica que neutraliza las influencias contrarias. General de combinaciones rápidas, conservará en el gobierno la prudente reserva que le enseñaran doce años pasados en rehenes en una corte asiática.

Este hijo de un Augusto no había tenido más que los honores del tribunado militar, y ahora mientras su padre reinaba en todo el Occidente, era el huésped sospechoso del secreto enemigo de Constancio. Su padre lo llamaba á su lado con cartas cada día más apremiantes. Diocleciano las había recibido también y no había contestado por no despertar esperanzas de interés hereditario, absolutamente opuestas á su sistema electivo y á la idea que los romanos habían formado de sus magistraturas republicanas, y hasta de la función imperial á la que había dado siempre una apariencia de elección.

Galerio, menos prudente, cedió á las obsesiones de Constantino; autorizó su partida y le hizo librar el documento necesario para que se sirviera de la posta pública.

Esta vez también refiere Lactancio lo que había visto, ó á lo menos lo que había creído ver, en el alma de Galerio: su pesar de haber cedido, su resolución de revocar el día siguiente la autorización concedida para enviar á Severo la orden de detener al fugitivo á su paso por los Alpes.

«Era al caer de la tarde, dice; Galerio recomendó á Constantino, al entregarle el documento, que no partiera hasta el día siguiente, después de recibir sus últimas órdenes, esperando encontrar entretanto un medio de impedir el viaje ó de prevenir á Severo. Pero cuando después de cenar se adormeció, se evadió sutilmente Constantino, y temiendo que se le persiguiera, hubo de llevarse consigo todos los caballos de la primera estación de las postas imperiales. Galerio estuvo durmiendo hasta el medio día siguiente. Llamó entonces á Constantino, y sabiendo que había partido, ordenó que se despacharan correos á toda prisa para alcanzarlo y detenerlo; pero Constantino estaba ya bien lejos, y en las cuadras de las estaciones no se encontraba un caballo: el emperador no pudo reprimir las lágrimas.»

Lactancio era muy dado á estos cuadros, que pertenecían á las recetas de la escuela. Pero las lágrimas de Galerio me parecen sospechosas. No creo en esa fuga, que era tan fácil impedir, ni en esa esperanza de que Severo cerra-

(1) Flavio Valerio Aurelio Constantino nació en 273 ó 274. Todos sus sucesores en el cuarto siglo, excepto Máximo, tomaron su gentilicio Flavio. V. *Tituli domus imperatoria* de Wilmanns.

(2) Se le obligó á matar en combate singular á un guerrero sármata y á un monstruoso león. Este león es sin duda pariente del de

Pepino el Breve. La leyenda tendía á mostrar en Constantino un héroe invencible, y en Galerio un abominable tirano, que había expuesto al hijo de su colega á todos los peligros para desembarzarse de él. *In insidiis saepe juvenem appetiverat... feris illum objecerat* (Lact. *de Morte pers.* 24).